

CIUDADES DE NOVELA

Mario Szichman

Si San Petersburgo no hubiera existido, Dostoievski la hubiera inventado. No existe Londres sin las miradas de Charles Dickens y Arthur Conan Doyle. El único París que existe, para el imaginario intelectual, es el que dibujó Balzac, trazó el barón Haussman y explicó Walter Benjamin.


En su espléndido trabajo *Miradas a la ciudad*, (Universidad Autónoma del Estado de México, 2011) la ensayista venezolana Guadalupe Carrillo analiza la emergencia, consolidación, y en algunos casos decadencia, de cuatro ciudades paradigmáticas de América Latina: Caracas, Buenos Aires, Lima y Ciudad de México, a través de la visión de algunos escritores también emblemáticos, como Salvador Garmendia, Julio Cortázar, Julio Ramón Ribeyro y Carlos Fuentes, en una sincronía que hace emerger la discordancia.

Las miradas de Carrillo parten y se alejan de esas ciudades, en base a dos décadas claves: la de los cincuenta y los sesenta, los años en que el peso de la historia, y el pasaje de la periferia al centro (no sólo local, sino también internacional), comienza a cambiar el rostro a esas urbes. La década del cincuenta es la de los déspotas no ilustrados, pero sí con un gran sentido de la urbanización. Es la década de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, de Juan Perón en la Argentina, de Manuel Odría en Perú, de Adolfo Ruiz Cortines, en México. Los cuatro, con distintos matices, deberán afrontar una creciente presión social, resultado de la emigración rural hacia las urbes. Y la década del sesenta que analiza Carrillo estará marcada, de manera primordial, por la Revolución Cubana, por las estrategias desde el poder y desde el imperio para frenar su divulgación. No hay novela importante en la América Latina de la década del sesenta que no aluda, ya sea de manera primordial o tangencial, a la Revolución Cubana. Sin Revolución Cubana es difícil que haya existido *País Portátil*, de Adriano González León, o *Los hombres de a caballo*, del argentino David Viñas.

Como lo indica Guadalupe Carrillo al analizar textos claves de las dos décadas antes mencionadas, la brusca transición se refleja en la percepción literaria de algunas ciudades clave. A la desintegración de las ciudades más modernas se une la fragmentación del discurso. Y como la historia siempre quiere vengarse de la historia, son más legibles Ciudad de México y Lima, que Buenos Aires o Caracas, ya

que el anclaje de la historia que imponen sus pueblos aborígenes es demasiado denso, y es imposible descartar sus hitos, desde sus catedrales en Ciudad de México o los palacios aztecas en extramuros, al Palacio de la Inquisición en Lima. En ese contexto, Caracas deviene el prototipo de la borradora. Su vertiginoso crecimiento, su decadencia, pueden medirse en un *slide show* de escasos minutos. Mientras los edificios van enfermando del mal de la piedra, el verde de los cerros es reemplazado por ranchos.

Con la transformación, con la deformación, con el caos, esas ciudades de novela han obligado a los escritores a cambiar su punto de vista o perecer. Y en la visión de los mejores de ellos, específicamente en Garmendia y Ribeyro, la visión es minimalista, pero la miseria, la desesperación, la cancelación del futuro, adquieren sus decibeles máximos. Carrillo muestra lúcidamente esa evolución, de la coherencia al fragmento.

Cada uno puede imaginar el San Petersburgo de Dostoievski, el Londres de Dickens o de Conan Doyle, el París de Balzac. Cien, doscientos años de historia, no van a poder cambiar su peso específico, o eso que se llama particularidad. Pero nuestras ciudades están en perpetuo estado de construcción. Y ya en la segunda mitad del siglo XX, comenzaron a padecer un constante estado de destrucción. El libro de Carrillo refleja una instantánea de cuatro importantes ciudades latinoamericanas. Quizás en algunos años más, el texto de *Miradas a la ciudad*, además de ser estudiado por urbanistas y narradores, será visitado también por arqueólogos, con el mismo celo con que dos siglos antes, naturalistas e historiadores buscaron en Pompeya un pasado sepultado en la lava de un volcán. 

Mario Szichman (Buenos Aires, 1945). Escritor y periodista argentino, vivió en Caracas entre 1967 y 1971, donde escribió las novelas *Crónica Falsa* (Mención Casa de las Américas 1969. Su reescritura, *La verdadera crónica falsa*, fue publicada en 1972) y *Los Judíos del Mar Dulce*, así como el libro de ensayo *Miguel Otero Silva: mitología de una generación frustrada*. Trabajó en una agencia noticiosa en Buenos Aires entre 1972 y 1975 y preparó *Uslar: Cultura y Dependencia*. Regresó en 1975 a Venezuela, donde vivió hasta 1980, lapso en el que trabajó en la revista *Auténtico*, fue director del Suplemento Cultural del diario *Ultimas Noticias*, y escribió su novela *A las 20:25 la Señora entró en la Inmortalidad*, que ganó en 1980 el Premio de Literatura Ediciones del Norte de Hanover, New Hampshire, EUA (fue traducida al inglés como *At 8:25 Evita Became Immortal*). Publicó en Caracas su *Trilogía de la Patria Boba*, una saga sobre la independencia de la Gran Colombia que integran *Los Papeles de Miranda* (2000), *Las dos muertes del general Simón Bolívar* (2004) y *Los años de la guerra a muerte* (2007). En 2010 publicó su libro *El imperio insaciable: apuntes para entender el capitalismo salvaje*. Es actualmente corresponsal en Nueva York del periódico *Tal Cual* de Caracas, Venezuela.